



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



25 de mayo de 1889



Núm. 82



EL HOMBRE BOMBO

Ayuntamiento de Madrid



UN RATO DE CHARLA

HACE muchos años dijo un hombre político refiriéndose á la confusión que reinaba en dicho ramo:—¡Aquí nadie se entiende!

Y lo mismo podríamos decir hoy á propósito de todos los ramos y negocios en general.

Verbigracia: en Cataluña hay un importantísimo núcleo que aboga por las ideas llamadas *regionalistas*. Creo yo, prescindiendo de meterme en más honduras, que una de las cosas que deberían caracterizar esencialmente al regionalismo catalán sería el aborrecimiento á las corridas de toros, el apartamiento del público de semejante espectáculo; y, en efecto, la Plaza de Toros de Barcelona es una de las que proporcionan más ganancias, y en otra plaza que hace pocos años se construyó en otra ciudad del Principado, hubo recientemente un lleno completísimo y un escándalo lo más antirregionalista que cabe imaginar. ¿En qué quedamos, pues? ¿Cómo es posible atar por el rabo de la afición al toreo esa mosca del catalanismo que abomina del *virus* castellano?

Dícese que la agricultura agoniza, que la miseria es espantosa, que la gente se alimenta de cardos cocidos, que ha sido preciso tapiar las casas del pueblo de Cauche (Málaga), por haber quedado completamente desierto. Pues ¿cómo es que han acudido á Madrid treinta mil paletos por las fiestas de San Isidro? ¿Cómo es que acudieron á la Plaza de Toros de Tarragona trece mil individuos, en su mayor parte agricultores? ¿Cómo es que los teatros de Barcelona están henchidos de bote en bote?

No lo entiendo. Todo se me aparece contradictorio, y dudo que nadie pueda explicar satisfactoriamente esos fenómenos.

Verdad que pasan otras muchas cosas que tampoco entiende nadie.

Volvamos la hoja.

Una de las cosas de que menos orgullosos podemos estar los españoles es la frescura con que dejamos morir de hambre á nuestras glo-

rias, una de las cuales es indudablemente el anciano actor D. José Valero.

En Francia, en Inglaterra, en Italia, Valero sería millonario, como Coquelin, Irving ó Rossi: en cambio aquí tuvo que liar el petate y marcharse á Buenos Aires, donde lo pasaba mal sin duda, pero no tan mal como en la península. Y así estaba cuando de pronto se ve interpelado por el banquero D. Luis Castells y Sibills, compatriota nuestro residente en la capital argentina, y se encuentra con 10,000 duros que le proporcionarán, en el crepúsculo de su vida, unas cuantas horas de dulce tranquilidad.

El Sr. Castells ha quedado como un modelo de caballeros, y puede estar seguro el dignísimo y generoso donador que hay muchos que le están agradecidos poco menos que D. José Valero por lo hecho con éste; pero su brillante, su nunca bastante elogiado rasgo, ha de repercutir como una severa lección dada al país que puso á Valero en el trance de tener que menester aquella suma.

¡Triste situación la de ser preciso irse á extranjera tierra para encontrar lo que moralmente se tenía derecho á recibir de la madre patria! El pobre Valero hará bien en no moverse más de Buenos Aires.



En la ratonera

Parece que nos espera representar un buen papel en la Exposición de París por lo que toca á nuestros cuadros. Todos los corresponsales están contestes en que los lienzos enviados al Palacio de Bellas Artes llamarán la atención y alcanzarán envidiables premios. Domingo, Sala, Pradilla, Gisbert, y otros veinte, dejarán acreditado que hay en España algo más que toreros, á pesar de que unos señores hayan tenido la peregrina ocurrencia de levantar allí una plaza de toros, cuyo éxito, lo auguro desde ahora, ha de ser desdichadísimo; pues es de suponer que habrá espectáculos algo más apropiados al gusto de los visitantes.

Por ejemplo, la colonia australiana dirá, sin duda:—¡Vaya una gracia! ¡Capear y estoquear un toro! Lo difícil es lo que hacen los isleños de Samoa que *torean* ¡tiburones! metiéndose entre ellos como si fuera entre

pacíficos besugos. El americano dirá que no hay espectáculo como el *Buffalo-Bill*, y el inglés, escoltado por su *mistress* y sus *miss*, contemplará acaso una vez, impasiblemente, la función, y dirá que el *sport* torero no es aplicable al *atletismo* de su patria, y que le gustan más los *Boat-race* de Oxford.

Estaba en nuestra mano evitarnos hacer un papel ridículo, pero no hemos podido contenernos. ¡Qué error tan grande figurarnos que las naciones nos envidian á Frascuelo y Lagartijo!

El colmo sería, ahora, que la plaza de toros quedase concluída antes que el *Pabellón de sustancias alimenticias*.

* * *

Se ha estrenado en ésta, con brillantísimo éxito, la ópera *Los Amantes de Teruel*, de D. Tomás Bretón. El triunfo obtenido por el eminente maestro salamanquino fué tan espontáneo como ruidoso, lo cual demuestra que el público admitiría de muy buena gana esa clase de música en vez de la que tanto ha privado hasta ahora en fregaderos y estrados. Por mi parte propondría que á todo el que dota á la nación de un timbre de gloria como *Los Amantes de Teruel* se le declarase benemérito de la patria con sueldo de ministro *ad æternum*, aunque hubiese que rebajar algo el de éstos; que al fin y al cabo no valen ni interesan, todos los discursos que se echan en las Cortes, lo que el dúo del segundo acto de la susodicha ópera.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



MAYO



En ser el mes en que la Naturaleza se viste con sus más brillantes y atractivas galas, es, sin embargo, el mes que menos tiene de terreno. Todo es en él bello, hermoso y poético. Todo nos induce á levantar el pensamiento y la atención hacia arriba, como si lo etéreo y sobrenatural nos anegaran.

Mes consagrado por la Iglesia al culto de la Santa Virgen, á ella lo dedica por entero el mundo cristiano, tibio é indiferente á veces en el ejercicio de algunas de sus prácticas religiosas, pero fervientemente piadoso en obsequio de la castísima Madre de Dios, figura dulcísima y sublimada con todos los atractivos del dolor, con todos los encantos de la gracia; figura á la cual rodea nimbo de misteriosa y vaga poesía, que conmueve fuertemente nuestro corazón.

Yo no os hablaré á vosotros del hermoso espectáculo que ofrecen durante este mes los principales templos de la cristiandad: no os citaré los nombres de los oradores de moda, ni os diré tampoco dónde se hace mejor música. La inmensa mayoría de los que me leéis sois colegiales, y es preciso que no nos salgamos de nuestra esfera, esto es, de los colegios. Desde el más aristocrático al más popular, en todos se celebra el mes de María, en magníficas capillas y oratorios en unos, en modestos é improvisados altares en otros; pero en todos dominando un mismo sentimiento, el de la piedad y la ternura más viva hacia la Madre de Dios; y estos sentimientos se expresan por medio de oraciones y cánticos, más hermosos y adecuados, más en carácter y armonía, cuanta mayor es su sencillez. Y esta observación me la sugiere un recuerdo que conservo muy vivo, no ciertamente por lo agradable, sino por lo ridículo. Os lo voy á explicar.

Era el año pasado. Acababa Mayo cuando recibí una invitación redactada en francés que una directora de un colegio (catalana por cierto) me mandaba invitándome á la fiesta dispuesta en su colegio para el último día del mes de mayo. Fui, y desde luego eché de ver que había *lleno completo*: imposible discurrir por las clases y salones. Todo estaba invadido: familias invitadas, edu-



El sueño de un ángel

candas, niñas de la primera comunión, amiguitas de éstas y ex colegialas, ocupaban por completo el local. No encontraba sitio donde colocarme, cuando la directora, con mucha amabilidad, me dijo:—V. en la capilla.—Y allí me condujo, asegurándome que era desde donde *lo vería mejor*. Realmente: si me permitís lo profano de la figura, aquello era estar en el mismo escenario. La capilla estaba espléndidamente iluminada. En un verdadero trono de azucenas descansaba una preciosa Virgen de talla, cuyo dorado ropaje resplandecía como el sol. A la derecha del altar se había improvisado una pequeña tribuna cubierta de damasco carmesí galoneado de oro. Frente de ella y en un largo escaño cubierto por la misma tela, nos sentamos algunos invitados. La fiesta empezó á la hora anunciada; pero... ¡qué fiesta! Vosotros la habréis visto algunas veces, y hasta habréis sido actores en ella, y os parecerá correcta y del mejor gusto; pero á mí, francamente, me causó muy áspera impresión.

Empezaron á subir niñas á la tribuna. Las primeras recitaron en catalán, las segundas en castellano, las sucesivas en... ello es que no sé cómo recitaron: concentraba inútilmente mi atención: no comprendí ni una sola palabra. Afortunadamente la profesora estaba cerca de mí, y á ella recurrí para salir de dudas.—Pues recitan,—me dijo,—en diversos idiomas.—Y con un candor primitivo añadió:—¡Como la Virgen lo entiende todo!—Decididamente el argumento era casi aplastante. ¡La Virgen lo entiende todo! Pero los que no tenemos su divina condición, en cambio, nos fastidiamos espantosamente: sólo vemos una niña que recita con monotonía exasperante y que acompaña sus palabras con una mímica atroz. ¿No hubiera valido mil veces más que aquellas pobres niñas hubiesen sabido lo que decían? Entonces hubiera habido más piedad, más fuego en su palabra, más entusiasmo en su entonación. A estas fiestas típicas y legendarias revestirlas con ropaje mundano es despojarlas de su divino encanto: su grandiosidad, su magnificencia, estriban en su sencillez. Adornad los altares de la Virgen con muchas flores, dedicadle las las más cándidas plegarias, entonad ante ella cánticos llenos de dulce misticismo; pero los que sois españoles, aun cuando lo entienda, no le echéis versos en francés, ni en italiano, ni en inglés. Los versos, por lo regular, todos son malos; y mal dichos, claro está que resultan peores. Vuestro obsequio resultaría, pues, una molestia. Y ¿qué niño querría, en pleno conocimiento, molestar á María Santísima? Haced como Mayo: para obsequiar á la Virgen no le deis flores de trapo y artificiales: dádselas fragantes y lozanas, nacidas en vuestra mente, murmuradas por vuestro labio y plenamente sentidas por vuestro corazón.

ANTONIA OPISSO



EL NIÑO CARITATIVO

ERA á mitad del invierno del año 183... La ciudad de Palma ostentaba con elegante soberbia, en calles, balcones y tejados, un grueso y hermoso manto de nieve, tan admirablemente extendido, que los palmesanos no podían salir de sus habitaciones sin que bajo sus pies crujiese el hielo, á cuya sola vista se estremecía de frío todo el cuerpo.



La confitura

El cielo estaba despejado, y sólo alguna que otra pequeña nube blanca se destacaba en su fondo azul.

Los tibios rayos del sol empezaban á derretir la nieve.

La ciudad tenía el aspecto más encantador por su tono de luz y su vida.

Los que transitaban por las calles iban tiritando, con los hombros encogidos y metidas las manos en los bolsillos.

En todos los rostros aparecía marcada la huella del frío, y la pureza de la atmósfera dejaba ver el aliento que se escapaba de la boca y las encarnadas narices.

Todo el mundo iba abrigado: unos con su capa y otros con el capote de su abuelo.

En todas partes no se oía hablar más que del frío, y de todos los labios salían las mismas palabras:—¡Qué frío! ¡Qué frío!

En una, pues, de las estrechas calles de esta ciudad, apoyándose en la pared y sosteniéndose por el auxilio de ella, se veía á un niño que andaba lentamente.

A cada paso su cuerpo flaqueaba, y cada vez que sus pies descalzos tocaban la nieve, se estremecía como si sintiera un gran dolor. Pero de sus labios no salía una sola queja: estaba acostumbrado á padecer.

Su rostro estaba lívido, y sus facciones contraídas por el frío y el hambre.



La confitura

Sus largos cabellos, cayendo con el mayor descuido sobre su rostro sucio, cubriendo media oreja, le daban el aspecto más conmovedor.

Tenía sus pies y manos visiblemente hinchados; y los sabañones, rompiéndole la piel por algunas partes, dejaban ver la helada sangre.

La gente que pasaba, envuelta en sus gruesos abrigos, y por consiguiente preservada un tanto de la inclemencia de los elementos, seguía su camino, sin que este tierno ser, maltratado por la fortuna, les inspirase una sola palabra de consuelo. Un encopetado caballero, porque le estorbó el paso, casi le dió un puntapié.

Su extremada flaqueza, y el dolor de sus pies hinchados por el frío, á duras penas le permitían andar.

Abatido completamente, se refugió en una entrada grande detrás de una puerta. Se acurrucó, y, como si quisiera calentarse con el propio calor de su

cuerpo, se redujo á un tan pequeño bulto que parecía un niño de tres años á pesar de tener, sobre poco más ó menos, siete ú ocho.

* * *

Era la mañana, y la campana del reloj de la ciudad, con su melancólica voz, acababa de anunciar las ocho.

A unos veinte pasos del portal en que hemos visto refugiarse á Juanito, que este era su nombre, en la misma calle había una escuela.

Grupos de muchachos, charlando y gritando, se dirigían á ella.

Un grupo de tres niños de ocho á nueve años se paró en el dintel de la entrada detrás de cuyas puertas estaba Juanito.

—Vamos,—decía uno de ellos,—saca los cigarrros, Casimiro. Fumaremos y no tendremos tanto frío.

—Tomad,—dijo éste. Y dió un pitillo á cada uno.

—Iremos á encender detrás de la puerta,—repuso el otro.

—Sí, dijo Casimiro.—Y se dirigió á ella, siguiéndole sus dos amigos.

—¡Qué es esto!—exclamó Casimiro, sorprendido al hallarse ante el pobre Juanito, que parecía una bola según estaba encogido.

El desgraciado alzó los ojos y vió á los tres niños que le miraban. De sus labios se escapaba una lúgubre sonrisa que parecía pedir misericordia. Su rostro, humedecido por las lágrimas, reflejaba fielmente su profundo dolor, y en su mirada vaga se podía leer su flaqueza.

Los tres niños se conmovieron á un tiempo.

—¡Pobre niño!—dijo Casimiro dirigiéndose á sus amigos.

Los tres miraban á Juanito sin saber qué hacer.

—¿Qué tienes? ¿Tienes frío?—le preguntó, al fin, Casimiro.

—Sí,—contestó con temblorosa voz Juanito.



Buenos sentimientos

—¡Ya lo creo! ¿Cómo no ha de tener frío,—dijo Casimiro, dirigiéndose á sus amigos,—si anda desnudo casi? Mirad: no lleva camisa, y le cubre su cuerpo sólo una chaqueta delgada y toda rota. No lleva zapatos ni nada. Unos pantalones de algodón, rotos por todas partes. ¡Pobrecito!

Estaba el niño Casimiro tan conmovido ante este triste espectáculo, que las lágrimas asomaban á sus ojos.

—¿Qué hemos de hacer?—preguntó á sus amigos.

—Marcharnos,—contestó uno.—Ya es hora de entrar en clase.

—¡Ah! ¡no!—repuso Casimiro, casi indignado.—¿No ves que ese niño se moriría de frío? Mira cómo tiene sus pies y sus manos. De los sabañones le sale sangre.

—Y bien: ¿y qué?—contestó el otro.

—¿Y qué? Ya verás. Antonio,—dijo dirigiéndose al tercero, que parecía sentir también compasión hacia aquel niño que se escondía detrás de una puerta, quizás para morir;—aguántame los libros y todo lo que yo te daré.—

Y dándose un tirón á las mangas de la americana, se la quitó, y el chaleco y una camiseta de punto que llevaba encima de la camisa.

Los dos amigos se miraban asombrados.

—Pero ¿qué vas á hacer?—le preguntaron.

—Nada: voy á darle la camisa,—contestó con el mayor aplomo.

—Levántate, niño: te pondrás esta camisa,—le dijo mientras se la quitaba.

Al mismo tiempo que Casimiro entregaba la camisa á Juanito, que aun no se había levantado, bajaba una criada de aquella casa; y al ver á los cuatro niños reunidos, uno sin camisa y que la daba á otro, preguntó qué era aquello.

—Hemos encontrado á este niño detrás de esta puerta,—dijo Antonio.

—Y ¿qué haces?—dijo la mujer dirigiéndose á Casimiro al tiempo que se ponía el chaleco.

—Le ha dado la camisa,—contestó Antonio.

—¿Cómo! ¿Esto has hecho? Y ¿qué te dirá tu madre?

—Yo tengo otras en mi casa,—contestó Casimiro tomando los libros y marchándose con sus amigos, dejando á la mujer asombrada, y á Juanito, que se ponía la camisa, tiritando y sin casi poderse sostener de pie.



Buenos sentimientos

Unos cuarenta años después de los acontecimientos narrados, en la cocina de una casa, en una pequeña aldea, había dos hombres junto á una mesa,

encima de la cual se veían medio pan moreno, un trozo grande de queso y un plato con aceitunas.

Los dos hombres tenían, á poca diferencia, la misma edad: unos cincuenta años. El uno era moreno, de ojos negros y de nariz recta. Iba vestido con el traje de las personas acomodadas de la ciudad, y por sus maneras se veía que era una persona de buena posición social. El otro, de rostro curtido por el sol, de nariz aguileña y ojos vivos, vestía el traje de la aldea: chaqueta corta, anchos pantalones de algodón y unos zapatos guarnecidos de clavos.

—Coma V.,—decía el labriego al de la ciudad, que parecía estar muy conmovido.

—Gracias: es que no tengo apetito.

—Coma V. y esté V. tranquilo. Esta noche puede V. quedar aquí.

—¡Oh! ¡Gracias, muchas gracias! No puedo: mis hijos y mi esposa me estarán esperando ya á estas horas.

—Señor, nos hemos de servir,—repuso el labriego;—todos somos hermanos.

—Sí: es verdad, buen hombre.

Después de un rato de silencio continuó:

—Mirad, aun tiemblo: me parece que tengo delante, aún, á aquellos tres bandidos.

—Y ¿cómo ha sido eso? Refiéralo V.: quizás yo podría saber quiénes son esos miserables,—dijo el labriego.

—¡Oh! ¿Habéis cerrado bien la casa?

—Sí, señor: está bien cerrada. Puede estar V. tranquilo.

—Casi no sabré explicarme,—dijo el de la ciudad, vivamente conmovido todavía.

El labriego le miraba estupefacto.

—Solo sé,—continuó,—que se me han presentado tres hombres pidiéndome el dinero ó la vida. Cuando he visto que uno de ellos levantaba un cuchillo para herirme, se me ha escapado un grito, y en seguida he oído una voz que preguntaba qué era aquello, al mismo tiempo que se abrían las puertas de vuestra casa; y ellos en seguida han escapado á todo correr.

—Sí,—repuso el labriego;—he sido yo, que he preguntado qué era. Al oír vuestro grito, creí que había sucedido alguna desgracia: que había caído alguna persona ó había volcado algun carro... ó... vamos, alguna desgracia.

Y después de un rato de silencio, durante el cual el caballero se había repuesto un tanto del susto, preguntó el labriego:

—Y ¿dónde iba V.?

—Esta tarde,—contestó el otro,—después de haber comido he salido á pasear por el campo con unos amigos, y, al regresar solo á mi casa, se me han presentado aquellos tres á robarme.

—¡Ah! ¿V. vive en este pueblo?

—Sí: compré unas casitas y vine á veranear á esta aldea.

—Esos pillos serán algunos de este mismo pueblo, y deben saber que V. tiene dinero, y... ¡ya lo creo! Por eso nada hay mejor que estar encerrado en casa antes de anochecer.



Buenos sentimientos

—Sí, es verdad; pero aún no son más que las ocho y media.

—Sí, pero á las ocho y media en una aldea es más tarde que á las doce en la ciudad: yo he estado muchas veces en la ciudad.

Aquí sucedió un rato de silencio, al cabo del cual dijo el labriego:

—Puede V. quedar á dormir aquí esta noche. Su esposa de V. pensará que ha quedado con algún amigo.

—¡Oh! No puedo, buen hombre. Mi esposa no dormiría en toda la noche. Habré de marcharme. Pensaría que me ha sucedido alguna desgracia.

—Pues, entonces, yo engancharé el mulo al carro y los dos iremos en él.

—Gracias, buen hombre; muchas gracias. Yo no sé cómo pagaros este gran favor que me hacéis.

—Es que cuando pienso,—repuso el labriego,—en lo que me sucedió cuando aun era niño, no puedo resistirme á hacer todo el bien que puedo.

El otro se hallaba aún bastante emocionado para interesarse mucho en algo que no fuese su seguridad personal. Pero el labriego continuó:—Cuando yo era muy niño aún, yo pasaba mucha miseria y casi iba sin ropa. Mis padres eran muy pobres. Un día que hacía mucho frío, estaba yo medio helado y me arrinconé detrás de unas puertas de una entrada; y una mujer, pienso que sería alguna criada, me hizo subir á la casa y me puso cerca de una chimenea llena de fuego, y allí me calenté. Pero de lo que siempre me acordaré, señor, por muchos años que viva, es de que, antes de recogerme aquella mujer, pasó un niño que se quitó su camisa y me la dió.

Al oír el de la ciudad estas últimas palabras, se levantó de la silla, y, mirando al labriego, dijo, lleno de dulce emoción:

—¡Ah! ¿Es á vos á quien di la camisa?

—¡Como! ¿Es V. el que me dió la camisa?—exclamó con la mayor alegría el labriego, levantándose y extendiendo los brazos.

—Sí: yo soy.

—Hizo V. una gran obra de misericordia.

—Y vos me habéis salvado la vida.

Y los dos se abrazaron estrechamente.

A Casimiro le recordaba con todos sus detalles el hecho de haber dado la camisa porque su madre, que era una mujer de mal genio y muy poco caritativa, le había dado una buena paliza.

JOVENÉS



✱ NUESTROS GRABADOS ✱

EL HOMBRE BOMBO

Ese hombre que veis, hijos míos, ha llegado á ser un fenómeno de gordura, porque nunca pensé en otra cosa más que en comer. Ahora le llaman *el hombre bombo*, y, á decir verdad, parece un globo aereostático. Rompe á los pocos días la ropa que se pone, haciendo saltar los botones á cada paso; apenas puede hablar de puro gordo; anda con mucho trabajo; y cuando ha de subir una escalera, se echa de lado y le empujan hacia arriba como si fuese una enorme pelota. La gula le ha conducido á este mísero estado, convirtiéndole en un monstruo de obesidad.

EN LA RATONERA

Un incauto ratoncillo, saliendo de su agujero á pesar de las advertencias de su madre, comienza á recorrer la casa, porque quiere enterarse de lo que hay en ella. Sobre una mesa ve una especie de cajón de alambre: no sabe que es un lazo para atraerle, y, como observa que la puertecilla está entornada y que dentro hay un pedazo de queso, entra imprudentemente. En el mismo instante oye un ruido seco: la entrada se ha cerrado de golpe, y el ratoncillo queda prisionero.

EL SUEÑO DE UN ANGEL

Cansado ya de correr
y de jugar con los niños,
en brazos de su mamá
duerme el infante tranquilo.

LA CONFITURA

Clara, Lucía y Rosa, tres niñas como tres soles, quisieron hacer una confitura sin enterarse de cómo se practica esta operación ni pedir parecer á nadie. Comenzaron por mezclar en un tazón agua con azúcar; pero tal uso hicieron de esta última que el líquido se espesó mucho, convirtiéndose en una pasta pegadiza, con la cual impregnáronse las manos y hasta las ropas. Y yo no sé cómo fué, pero después las niñas quedaron adheridas una con otra por los vestidos, manchados con el viscoso líquido. Tal fué el resultado del primer ensayo de las noveles confiteras.

BUENOS SENTIMIENTOS

Era el día del santo de Carlitos, y su padre le regaló un duro.

—¿Que harás con ese dinero?—pregúntole su hermanita Berta.

—Aun no lo sé,—contestó el chico.

—Yo, en tu lugar, compraría caramelos.

Carlitos no contestó, pues quería pensarlo; y llegada la tarde, cuando debía salir con su papá, manifestó á éste en qué se proponía gastar el dinero.

Lo primero que hizo fué comprar algunas flores y naranjas, después entró en una confitería para adquirir bollos y caramelos, en una quincallería escogió una bonita muñeca, y por último entró en una librería para comprar unos cuentos ilustrados de los que suelen leer los niños.

—¿Qué piensas hacer con todo eso?—pregúntole su papá.

—Las flores y las naranjas,—contestó el chico,—son para una niña que está enferma, hermana de un compañero de colegio. El libro es para un pobre muchacho cojo que no tiene nada para leer y que también iba á la escuela conmigo. En cuanto á la muñeca, destinola á una niña pobre cuyos padres no pueden comprarle una. Los bollos serán para los dos primeros chicos que vea en la calle pidiendo limosna; y á mi hermana le llevaré los caramelos, ya que tanto le gustan.

Llegado á casa, después de repartir sus donativos, Berta preguntó á su hermano en qué había gastado el duro.

—En nada para mí,—contestó Carlos;—pero nunca estuve tan satisfecho como hoy.

—Eso es porque has practicado el bien,—dijole su papá.

EL GATO VAGABUNDO

Un gato errante, flaco y hambriento, llegó cierto día á la puerta de una casa donde estaba una niña sentada á la puerta. Tanto se compadeció del pobre animal, que le atrajo á sí, hizole entrar, dióle de comer alguna cosa, y, habiendo obtenido permiso para guardarle, le cuidó con la mayor solicitud. Al poco tiempo el gato llamaba la atención por su gorda y brillante pelaje, y, como para agradecer á la niña su bondad, hacíala reir continuamente con sus cabriolas y sus saltos, jugando con todos los objetos que encontraba en el suelo.

LOS GUANTES DE LIMERICK

(Conclusión)

—Os quedaría muy reconocido, señor alcalde, de que no volviesen á repetirlos nunca, y os ruego no le enteréis á nadie del asunto del rey de los gitanos.

—Accederé con mucho gusto á vuestros deseos si por vuestra parte accedéis á los míos,—respondió el Sr. Marshal.—¿Queréis decirme, poniéndoos la mano sobre el pecho, si creéis aún que el Sr. O'Neill ha robado el perro y os ha echado abajo las pilas de casca? ¿Le perdonáis, en fin, que haya nacido en Irlanda si descubris el misterio del boquete que existe bajo los cimientos de la catedral?

—Es que eso no está claro para mí, os vuelvo á repetir,—exclamó el señor Hill dando con la contera del bastón en el suelo.—En cuanto á su nacimiento en Irlanda, á la verdad, confieso que no tengo nada que decir, pues sé que venimos al mundo donde le place á Dios, y que tan honrado puede ser un irlandés como otro hombre cualquiera. Sé todo eso, Sr. Marshal, y no soy uno de esos espíritus retrógrados, ignorantes y llenos de preocupaciones, que no pueden soportar á quien no haya nacido en su país.

—Me gusta oiros hablar así y que no abriguéis la idea de perseguir á un inocente que, fiado en la hospitalidad y la justicia del país y en la cultura de sus morigerados habitantes, ha venido á establecerse entre nosotros.

—¡Libreme Dios de pensar en perseguir á un forastero,—repuso el presidente de la Obra,—si es inofensivo como vos decís!

—Y si, lejos de tratarse de un hombre perverso, ese forastero estuviese siempre pronto á socorrer á los que tienen necesidad de su asistencia, ¿deberíamos volverle mal por bien?

—Eso sería una indignidad y un escándalo,—dijo Hill.

—Pues bien,—repuso el Sr. Marshal;—¿queréis veniros conmigo á ver á la viuda Smith, á aquella pobre mujer cuya casa se quemó el invierno pasado? Creo que sabréis allí algo más de lo que pensáis.

Durante el interrogatorio de Paddy McCormack, que había referido, como decía él, de pe á pa su historia, el Sr. Marshal había notado que resultaban

de aquella relación numerosas pruebas de la humanidad del Sr. O'Neill. Paddy, para justificar la vivacidad de sus sentimientos para con su compatriota y excusar hasta cierto punto la vivacidad de sus propios procedimientos, había, entre otros hechos, citado los que concernían á la viuda Smith, lo cual determinó al Sr. Marshal á comprobar sobre la marcha los asertos del segador. Llevóse, pues, al Sr. Hill con la esperanza de presentarle bajo un prisma más favorable el carácter del Sr. O'Neill.

Las previsiones del Sr. Marshal se realizaron. La pobre viuda contó de la manera más conmovedora cómo ella y sus hijos se habían visto arrancados de la miseria por los cuidados de aquel buen señor y de una buena señorita. Era Febea Hill. Los elogios que aquellas pobres gentes prodigaron á ésta cosquillearon agradablemente los oídos de su padre, que empezaba á desdecirse de sus ridículas prevenciones.

El benévolo Sr. Marshal aprovechó un momento en que le pareció que el corazón del Sr. Hill estaba enternecido, y exclamó:

—Es menester que yo trabé conocimiento con el señor O'Neill. Los habitantes de Hereford deben mostrarse hospitalarios con un hombre tan caritativo. Sr. Hill: ¿queréis dispensarme el honor de comer mañana en mi casa con él?

El Sr. Hill estaba á punto de aceptar esta invitación, cuando el recuerdo de todo lo que había dicho en el casino respecto al boquete de la catedral le vino á las mientes. Llevóse al Sr. Marshal aparte y murmuró á su oído:

—Pero, señor alcalde, lo del agujero de la catedral no está claro todavía.

En aquel momento la viuda Smith exclamó, viendo á una de sus hijas que entraba corriendo en la casa:

—Ven, pues, Mariquita. Es la chiquitina, señor, para la cual tan buena es la señorita. Haz la reverencia, niña. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Mamá,—dijo la niña,—vengo de enseñarle mi ratón á la señora.

—¡Bendígala el Señor! La chiquilla me está atormentando todos los días con que vaya á ver ese ratón que mis hijos han domesticado; pero no he tenido tiempo todavía y no puedo comprender su afición á tal animalejo. Todo lo que sé es que la chiquilla no toma nunca un pedazo de pan para almorzar ó comer sin apartar un pedazo, por pequeño que sea, y en seguida se lo lleva á un ratón que ha encontrado, muy pequeñito aún, junto á la catedral.

—Salía de un agujero bajo la pared de la iglesia,—añadió el mayorcito de los niños;—nos divertimos en acecharlo y le hemos dado de comer, y por fin ha acabado por domesticarse con nosotros.

El Sr. Hill y el Sr. Marshal se miraron durante esta relación. El temor al ridículo se apoderó más fuertemente que nunca del Sr. Hill cuando vió que, después de todo lo que había dicho, la montaña iba á parir... un ratón. El señor Marshal adivinó lo que pasaba en el ánimo del presidente de la Obra, y



El gato vagabundo

para calmar sus temores abstuvo de sonreirse siquiera. Solamente dijo en tono grave:

—Temo, mis queridos niños, que os veréis obligados á cambiar de diversión. El señor mayordomo, aquí presente, no puede sufrir que haya nidos de ratones en la catedral; pero para indemnizaros de la pérdida de vuestro favorito os daré un perrillo muy lindo.

Esta promesa causó grande alegría, y la niña se prestó á complacer al señor alcalde acompañando á aquellos señores hasta la catedral, y, una vez allí, se colocaron á alguna distancia del agujero que había ocasionado tanta emoción. La niña hizo comparecer pronto á la claridad del día al formidable enemigo, y el Sr. Hill dijo con una ligera sonrisa:

—Felicítome de que el mal no haya sido mayor que ese; pero había en mi club muchos señores que eran de mi parecer, y que, si no hubiesen tenido tanta

desconfianza del Sr. O'Neil, no os habría yo, señor alcalde, causado tantas molestias. Espero ahora que, como en el Casino no saben nada de la historia de ese vagabundo, de ese rey de los gitanos, no le hablaréis á nadie de su profecía y lo demás: ¿no es verdad? Y me perdonaréis el mal rato que os he dado.

El Sr. Marshal protestó de que le hubiese causado la menor molestia el descubrimiento de aquel misterio y el desvanecimiento de



El gato vagabundo

toda sospecha. El Sr. Hill aceptó de la mejor gana la invitación á comer para el día siguiente. Apenas el alcalde hubo conseguido reducir á la razón y al buen humor á uno de los partidos, ocupóse en preparar el otro á la reconciliación. O'Neill y su madre eran excelentes personas, quizás un tanto arrebatados, pero pronto á olvidar las injurias. Aun les dolía lo del arresto de la víspera; pero cuando el Sr. Marshal les hubo expuesto todo el negocio contándoles en tono de broma las suspicacias del mayordomo, su buen humor pudo más que su resentimiento. O'Neill declaró que estaba pronto, por su parte, á perdonarlo y olvidarlo todo si podía ver, en fin, á Febea llevar sus guantes de Limerick.

Al día siguiente, con el asentimiento de su padre, púsose Febea los guantes de Limerick para ir á casa del Sr. Marshal. Este excelente magistrado experimentó la dulce satisfacción de reconciliar á las dos familias. El curtidor y el guantero de Hereford se hicieron los mejores amigos del mundo, y pudieron convencerse por experiencia que no hay nada más ventajoso que vivir en buena inteligencia con sus vecinos.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA